

La forja del *chavismo*

Juan Agulló*

Je parle de millions d'hommes à qui on a inculqué savamment la peur, le complexe d'infériorité, le tremblement, l'agenouillement, le désespoir, la larbinisme.
Aimé Césaire, *Discours sur le colonialisme*

Resumen

El *chavismo* es un fenómeno curioso. Mucha gente habla de él, pero poca se preocupa por estudiarlo y, menos aún, por analizarlo en términos retrospectivos. Las claves de su evolución resultan, empero, sugerentes. En la medida en que remiten a la crisis política del neoliberalismo en América Latina incorporan elementos extrapolables.

Palabras clave: *chavismo*, proyecto político, sistema político, reforma del Estado, política social, clases medias, sectores populares, participación política, socialismo, neoliberalismo, petróleo.

Abstract

Chavismo is an interesting phenomenon. There has been a great deal of talk about it lately but people rarely spend some time studying its history or analyzing it life retroactively. *Chavismo* evolution is striking within the context of neoliberalism in Latin America.

Keywords: *Chavismo*, political project, political system, popular movement, State reform, social politics, middle class, popular sectors, political participation, socialism, neoliberalism, petroleum.

Resumo

O *chavismo* é um fenômeno curioso. Muita gente fala dele, mas pouca gente se preocupa em estudá-lo e menos ainda em analisá-lo em termos retrospectivos. As chaves da sua evolução resultam, entretanto, sugestivas. Na medida em que remetem à crise política do neoliberalismo na América Latina incorporam elementos extrapoláveis.

Palavras chave: *chavismo*, projeto político, sistema político, movimento popular, reforma do Estado, política social, setores populares, participação política, socialismo, neoliberalismo, petróleo.

* Doctor en sociología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, Francia (2003). Investigador visitante en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México. Correo electrónico: <onix@me.com>

Madrugada del 14 de abril de 2002. Salón Ayacucho del Palacio presidencial de Miraflores. Caracas, Venezuela. Rueda de prensa posterior al fracaso del golpe de Estado ¿Qué es el *chavismo*? —preguntó una periodista. Hugo Chávez, interpelado, respondió sin pensárselo: “*chavismo* son los que siguen al *Chavo*”.¹ Risotada general. Hasta ese momento había cierta reticencia a utilizar el concepto; desde entonces, su uso se ha generalizado.

Al tratarse de un neologismo siguen faltando, empero, definiciones satisfactorias: ni rastro de *chavismo* en el diccionario de la Real Academia Española, ni tampoco en los especializados. “Corriente política venezolana integrada por los simpatizantes de Hugo Chávez Frías” apunta, en solitario, la siempre discutida *Wikipedia*.² En definitiva, mucha publicación reciente en torno a Venezuela pero escasa precisión en torno al *chavismo* como fenómeno sociopolítico.³ ¿Por qué, si parece ser un concepto de uso corriente en la prensa y en la calle? ¿Hay, quizás, dudas con respecto a su rigor? ¿No refleja, acaso, una realidad consistente o duradera? Parece discutible. Entre 1998 y 2007 —año de su primera derrota en las urnas— Chávez ganó 13 elecciones consecutivas.⁴ Tantas, que el omnívoro catálogo de la prestigiosa *Colección Benson* ya registra, en Estados Unidos, 183 entradas bibliográficas con su nombre.⁵

¿Por qué tanta reticencia entonces —especialmente en círculos políticos y académicos— a añadir el sufijo *ismo* al apellido de un personaje cuyo impacto en la América Latina contemporánea resulta evidente?⁶ Es muy sencillo: en el

¹ Es una referencia explícita al Chavo del Ocho, protagonista de una serie infantil de televisión mexicana (emitida en diversos formatos) que ha sido un éxito —en toda América Latina— desde 1971. El personaje en cuestión es un niño de 8 años: imaginativo pero también travieso, ingenuo y algo incrédulo.

² *Wikipedia* es una enciclopedia *on line* (<http://www.wikipedia.org>) que carece de un soporte físico y se construye —en diversos idiomas— de forma anónima y voluntaria. Su controversia radica en el hecho de que, a diferencia de sus rivales (como *Encarta* o la *Enciclopedia Británica*) no está necesariamente escrita por especialistas y sus definiciones siempre se encuentran sometidas a eventuales críticas, polémicas e, incluso, llegado el caso, revisiones. Sus defensores suelen argüir que se trata de un modelo de construcción del conocimiento mucho más democrático y menos sometido a los intereses de mercado que el de sus competidores.

³ Venezuela es, comparativamente hablando, uno de los países menos estudiados de Sudamérica. Aunque dicha tendencia parece estar invirtiéndose en los últimos años, apenas seis de los 183 títulos venezolanistas más recientes (¡apenas un 3 por ciento!) abordan el estudio del *chavismo* como fenómeno político.

⁴ Chávez, sus candidatos o sus propuestas triunfaron sucesivamente en las elecciones presidenciales y legislativas de 1998; en el referéndum que aprobó la apertura de un proceso constituyente y en el que aprobó la Constitución vigente, en 1999; en las presidenciales, legislativas, regionales y locales de 2000; en las regionales y locales de 2004; en el referéndum revocatorio de 2004; en las legislativas de 2005, y en las presidenciales de 2006.

⁵ La *Colección Benson* pertenece a la Biblioteca de la Universidad de Texas. Es una de las más grandes del mundo dedicadas a asuntos latinoamericanos. Tiene más de un millón de documentos entre libros, revistas, mapas, fotografías, grabaciones, etcétera. La mayoría —incluyendo los dedicados a analizar la figura de Chávez— no ha sido necesariamente editado en Estados Unidos pero sí cumple con unos requisitos mínimos de calidad.

⁶ Para que se tenga una idea cabal de la situación hace apenas dos años *The New York Times*

fondo no parece tratarse tanto de omitir el fenómeno en cuestión como de soslayar, por medio de dicha laguna, la genealogía e, incluso —en los casos más extremos— la evolución del *chavismo* como movimiento político. Hacerlo sería enfrentarse a los fundamentos locales de una tendencia (geo)política más amplia y eso no parece interesar en determinados círculos, ni dentro ni fuera de Venezuela. En otro lugar o en otro momento las omisiones analíticas ya habrían sido detectadas e, incluso, denunciadas. No en este caso: el presunto *populismo* del fenómeno en cuestión —un concepto sugerente pero impreciso— opaca sesgos pero, sobre todo, difumina coincidencias. Las hay. Desde una perspectiva conservadora, por ejemplo, resaltar el radicalismo *chavista* acentúa la *moderación* tanto del proyecto político neoliberal (a nivel latinoamericano) como del opositor (a nivel venezolano). Desde una óptica más progresista, mientras tanto, resaltar aspectos parecidos propicia la legitimación constante de un proyecto político que, a diferencia de otros (más socialdemócratas), mantendría incólume su pureza, su coherencia.

Ocurre, empero, que el proceso de fundación del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), pero, sobre todo, la —por el momento— rechazada reforma constitucional dotan de peso a una cuestión de fondo, hasta ahora prácticamente inédita: ¿la indefinición conceptual que envuelve al *chavismo* pudiera estar relacionada, además de con intereses políticos, con perspectivas analíticas, excesivamente contaminadas por estos últimos? Aparentemente sí. Tres mitos suelen envolver, no en vano, a la mayoría de los recientes intentos de caracterización del *chavismo*. Dicho fenómeno suele ser presentado, de hecho, como eminentemente popular, como producto de una alianza de clases y como coherentemente socialista. La realidad, aunque no sea completamente antitética, necesita ser dialectizada si de lo que se trata es de comprender qué es el *chavismo* y por qué y cómo se desarrolla.

Las raíces interclasistas

Concebir al *chavismo* como un movimiento exclusivamente popular puede limitar y, por ende, sesgar su comprensión. Adoptar dicho enfoque impide identificar elementos clave de la génesis y posterior evolución de un fenómeno en el que las clases medias han jugado un papel fundamental. Primero, como elemento desencadenante de una lógica antisistémica y luego, como un pro-

calculaba que la suma gastada anualmente por Venezuela en América Latina (entre otras cosas, en subsidios a la economía cubana, compra de títulos de deuda argentinos, cooperación militar con Bolivia, ampliación del Canal de Panamá, etcétera) superaba, con creces, los dos billones de dólares anuales invertidos por Washington en programas de desarrollo y combate a las drogas. Aunque realizar dicho cálculo resulta complicado, en la medida en que los precios del petróleo se han mantenido al alza, es previsible que la tendencia se mantenga.

ducto de la política económica petrolera.⁷ Su importancia no va en detrimento, empero, del papel jugado por los sectores populares, en especial, a partir de 2002. Existen escasos precedentes en la historia contemporánea venezolana de movilizaciones sociales tan amplias que hayan tenido, además, un impacto político-institucional tan relevante.⁸ Ni Acción Democrática (AD) de las décadas de los sesentas y setentas logró, pese a las apariencias, resultados comparables.⁹

La clave del asunto radica en que pese a la creencia relativamente extendida —sobre todo fuera del país— de que el *chavismo* constituye un cuerpo, si no homogéneo, al menos homogeneizado, se trata de un movimiento social muy heterogéneo. Política e ideológicamente hablando conviven en su seno tres grandes tendencias que están en la base de la *sopa de letras* a partir de la cual está siendo modelado el PSUV:¹⁰ la militante, la popular y la castrense.

La historia de su convergencia es la historia del *chavismo*, así como la de otro tipo de confluencias es, por poner dos ejemplos muy concretos, la del *lulismo* en Brasil o la del *neozapatismo* en México. Ello demuestra la imposibilidad de etiquetar al fenómeno en cuestión como típicamente izquierdista, popular o militar. Se trata, por el contrario, del resultado de difusas coincidencias sociopolíticas ligadas a los efectos del *ajuste estructural*.

Entre 1983 y 1998 Venezuela padeció los rigores del *ajuste* neoliberal. Su introducción y su aplicación local fueron relativamente específicas. Para em-

⁷ Hay un matiz muy importante que hacer a este respecto: aunque las clases medias desencadenaron una lógica anti-sistémica primero, años después se han convertido en elementos funcionales a la estabilidad del sistema, no estamos hablando exactamente de los mismos actores. La clave del asunto radica en el hecho de que, lo que se ha producido a lo largo de los últimos años en Venezuela —fundamentalmente después de la toma de control de Petróleos de Venezuela S. A. (PDVSA) por parte del gobierno en 2003— es una enorme *circulación de elites*. Hay, pues, una clase media *emergente* que apenas coincide con la que aupó a Chávez al poder en 1998.

⁸ No se trata tan sólo de la magnitud del cambio político acontecido entre 1998 y 2003 sino de los niveles de movilización social que lo posibilitaron. Entre 1993 y 2006, por ejemplo, el número de votantes venezolanos pasó de 5 millones 616 mil 699 a 11 millones 790 mil 397, es decir, se duplicó. Dicha cifra resulta significativa incluso en términos relativos. A lo largo del mismo periodo la población se incrementó en un 33 por ciento (de 18 millones 105 mil 265 a 27 millones 30 mil 656 habitantes). En otras palabras, el número de votantes también fue muy superior al crecimiento demográfico. Otro baremo muy elocuente: la comparación. En 2006 hubo elecciones presidenciales en diversos países del entorno. En Venezuela la abstención friso el 25.3 por ciento, en Colombia el 54.89 por ciento, en Brasil el 46.29 por ciento y en México el 41.45 por ciento.

⁹ Realizar comparaciones entre ambas realidades resulta ligeramente impreciso pues, como se verá al término de este artículo, se trata de dos estructuras diferentes que comparten ciertas prácticas comunes. Hay, sea como fuere, una circunstancia irrefutable: el mayor porcentaje de votos logrado por Acción Democrática en unas presidenciales fue de un 56.72 por ciento en 1983 (Jaime Lusinchi fue el elegido). Chávez logró en 2006, un 62.84 por ciento con el doble de abstención, pero con un registro electoral infinitamente menos reducido con relación a la población total.

¹⁰ En plena polémica por la creación del *partido unido*, Chávez le espetó a sus críticos: "Al socialismo no vamos a llegar por arte de magia (...) Necesitamos un partido, no una *sopa de letras*" (*Prensa Presidencial*, 2006). Durante las elecciones presidenciales de 2006, un total de 24 plataformas apoyaron la candidatura de Chávez; cerca de una veintena terminaron fusionándose en el PSUV.

pezar, en dicho país —eminentemente petrolero— nunca había habido, como en el resto de Sudamérica, ni una dictadura inspirada en el principio de *Seguridad Nacional* ni una *crisis de la deuda* digna de tal nombre.¹¹ Aquí, el hecho diferencial fue la nacionalización de la industria petrolera. Se trató, pese a su nombre, de un proceso *sui generis*.¹² La clave, en realidad, estuvo en su corolario y vino dada por la *internacionalización* de la industria petrolera nacional y, para ser más específicos, de PDVSA, principal fuente de ingresos fiscales del país. Ambos procesos están hasta tal punto ligados que —historiográficamente hablando— resulta imposible entender la nacionalización sin la internacionalización y viceversa.

La internacionalización constituyó, para ser exactos, la respuesta de las multinacionales estadounidenses con intereses directos en Venezuela (sobre todo Exxon, Mobil y Shell) a la nacionalización. Su brazo ejecutor fueron los directivos de PDVSA (formados durante años en valores de demanda, no de oferta), y su principio jurídico-político de actuación la autonomía operativa de la compañía (establecido y progresivamente legalizado en pro de la eficiencia). Los resultados fueron muy debatibles. El hecho es que, durante años, PDVSA creció exponencialmente. Dicho crecimiento se fundamentó, sin embargo, en una estrategia empresarial que —como subraya Boué— llevó aparejadas “actividades

¹¹ El caso del endeudamiento externo venezolano es muy interesante: pese a ser uno de los países latinoamericanos proporcionalmente menos endeudados durante la década de los ochentas (la mitad, por ejemplo, que Argentina y un tercio que México y Brasil), Caracas no sólo participó en las negociaciones que condujeron al *Plan Brady* sino que fue el primer país de la región en adoptarlo (bajo la presidencia de Carlos Andrés Pérez, apenas unos meses después del *Caracazo*, en 1989). Resultaría muy interesante (y probablemente muy ilustrativo) indagar ulteriormente el papel jugado por Venezuela a lo largo de toda esta crisis. Hay, en todo caso, un hecho claro de partida: estructuralmente hablando el problema financiero que suponía el endeudamiento externo no era equiparable, por ejemplo, a casos como el mexicano. El único motivo de preocupación fiscal objetivo para el país en aquel momento eran los rendimientos decrecientes del petróleo como consecuencia de la depresión de sus precios internacionales pero, sobre todo, de una *internacionalización* de PDVSA que, ya por aquel entonces, comenzaba a dejar sentir sus efectos. Resulta legítimo preguntarse entonces si de lo que en realidad se trataba era de convertir en viable dicho proceso.

¹² La nacionalización de la industria petrolera venezolana fue, para empezar, un proceso gradual. Hasta mediados del siglo XX la explotación del petróleo por parte de compañías extranjeras apenas tuvo freno. Pero en 1943 la situación cambió. Aprovechando el clima creado por la nacionalización petrolera mexicana y, por supuesto, la Segunda Guerra Mundial, el presidente Isaías Medina Angarita convocó a un referéndum que hizo vislumbrar una eventual nacionalización a largo plazo. La Ley de Hidrocarburos promulgada ese mismo año previó la no renovación de las viejas concesiones de explotación, las últimas de las cuales caducaban en 1983. Treinta años después, en pleno auge mundial de los precios del petróleo, las posiciones se enrocaron. Ante la presión fiscal cada vez mayor del Estado venezolano, las compañías extranjeras comenzaron a preferir una nacionalización controlada que inversiones directas cada vez menos rentables. Dicho y hecho, en 1974, el presidente Carlos Andrés Pérez promulgó una nacionalización de la industria petrolera que no se materializó sino hasta 1983. A partir de ese momento el debate se centró cada vez más en la autonomía operativa de una compañía que, durante la década de los noventas y, gracias a la *internacionalización*, primero, y a la *apertura*, posteriormente, terminó convirtiéndose en una especie de Estado dentro del Estado disuelto, prácticamente, de todo control real.

de refinación, distribución, almacenamiento y mercadeo al detal de productos petrolíferos en algunos países que se cuentan entre los consumidores de petróleo más importantes del mundo” (Boué, 2004).

En otros términos, a través de la internacionalización de su industria petrolera, Venezuela terminó importando costos y exportando beneficios (desde 1960 salió del país ¡el equivalente a dos planes *Marshall!*).¹³ Las consecuencias resultaron telúricas: las estructuras políticas y socioeconómicas de la IV República se desmoronaron en un lapso de tiempo récord (la primera devaluación data de 1983 y el primer plan de *ajuste* de 1989).

En menos de quince años la pobreza creció en un 617 por ciento y la inflación en un 50 mil por ciento. Venezuela, de tener un PIB parecido al de Italia a finales de la década de los setentas, pasó a tener uno similar —a la llegada de Chávez a la Presidencia— al de la vecina Colombia. A pesar de las dimensiones que la llamada *década perdida* alcanzó en algunos países del área, no hay un caso parecido en toda América Latina.

Pero más allá de la economía, lo ocurrido en Venezuela es significativo porque lo que allí sucumbió fue un sistema político basado en la *concertación de elites* y en el control clientelar de las clases subalternas. No por casualidad las principales afectadas por la crisis que se viene describiendo fueron las clases medias y no tanto unos sectores populares que, en realidad, siguieron padeciendo los términos de exclusión y represión habituales.¹⁴

La diferencia entre ambas vivencias es similar a la descrita por Federico Chicchi (2001) cuando aplica las teorías de Amartya Sen al caso italiano: junto a las *franjas débiles*, tradicionalmente excluidas —e incluso reprimidas— comenzaron a aparecer unas *franjas débiles emergentes*, crecientemente marginadas como consecuencia de la *despetrolización* fiscal pero, sobre todo, de la reestructuración laboral que ésta propició en el seno de la Administración.

En Venezuela, la alteración de las relaciones de poder tuvo que ver con las transformaciones en el proceso productivo ocurridas en los países de capitalismo avanzado (impulsadas, no debe olvidarse, sobre la base de un abarataamiento energético). Los rendimientos petroleros decrecientes terminaron por

¹³ El *Plan Marshall* fue una iniciativa económica estadounidense para la reconstrucción de Europa tras la Segunda Guerra Mundial. Se desarrolló entre 1948 y 1951, beneficiando a 17 países. El montante total de la suma desembolsada fue de 12 mil 741 millones de dólares, equivalentes a 36 mil 873 millones de dólares de 1999 (189.41 por ciento de inflación acumulada: Federal Reserve, 2007). Según cálculos de Emilio Medina-Smith (2005), la fuga acumulada de capitales en Venezuela rondó, entre 1950 y 1999, los 70 mil 464 millones de dólares (a precios de 1999).

¹⁴ A lo largo del periodo 1983-1996, según datos del *Banco Central de Venezuela*, la pobreza no extrema creció casi un 20 por ciento más que la extrema (59.74 por ciento frente a 42.52 por ciento). Eso quiere decir que los desequilibrios económicos más inquietantes, desde un punto de vista político, se dieron mucho más en franjas sociales intermedias sucesivamente empobrecidas que en el ámbito de la exclusión estructural. Las prácticas de control social asumían, en dichos niveles, formas estructurales (caso de la *desaparición forzada*, Arzola, 2005) o coyunturalmente (caso de la represión del *Caracazo*, CIDH, 1999) mucho más brutales.

degradar los vínculos sociales descomponiendo el entramado de relaciones clientelares en los que se basaban.

En dicho contexto —y aquí regresan las similitudes con el planteamiento de Chicchi— se produjo una transformación social enorme: a toda una franja social (productora neta, hasta entonces, de estabilidad política) comenzó a dificultársele —como consecuencia del desvanecimiento de sus funciones de intermediación— la reproducción material de su propio bienestar y, por lo tanto, su posición de relativo privilegio en la escala social.

Los criterios tradicionales de asignación de recursos habían comenzado a ser rápidamente sustituidos por unas relaciones sociales de producción ajenas a la cultura laboral —y, en última instancia, a la modernidad— venezolana.¹⁵ Fue por aquel entonces cuando, de hecho, comenzaron a desaparecer prebendas, monopolios, rentas y lo que —para los sectores más vulnerables— terminó siendo demovedor: prestaciones, subsidios y créditos.

La *privación* no sólo fue, por añadidura, económica. El desvanecimiento del vínculo clientelar también tuvo consecuencias institucionales, culturales y, por supuesto, psicológicas. Enseguida comenzaron a proliferar síntomas de una descomposición social (como el subempleo, el ambulante, la infravivienda, la mendicidad, la monoparentalidad, la deserción escolar o la inseguridad pública)¹⁶ que, durante años, el petróleo había logrado difuminar.

A mediados de los ochentas lo único que progresaba en el país sudamericano era una exclusión que, pese al mito petrolero, nunca había desaparecido por completo.¹⁷ El deterioro de la calidad de vida resultaba cada vez más evi-

¹⁵ Venezuela es un país peculiar desde el punto de vista de la productividad laboral. La renta petrolera propicia distorsiones como la subrayada por Asdrúbal Baptista: “por cada dólar producido se recibe aproximadamente el producto de cuatro (...) Hay, además, un problema político de fondo ligado al referido escenario: la composición orgánica del capital suele caracterizarse por un fuerte desequilibrio (...) mucha inversión en fuerza de trabajo e insuficiente en medios de producción” (2006). Siendo más específicos, en 1991 se aprobó una legislación laboral tan contradictoria con la orientación monetarista del *Paquete Económico* (debido a su *rigidez*) que lo que terminó provocando fue una informalización acelerada de la actividad productiva, amplificada bajo el *chavismo*. Al día de hoy, Venezuela se sitúa entre los países menos competitivos del mundo (puesto número 98 de 131 en 2007), habiendo perdido un 36.73 por ciento de su posición global relativa desde 2001 (ha pasado del puesto número 62 al referido 98 en sólo siete años), y un 9.09 por ciento de la absoluta (WEF, 2008).

¹⁶ El peso de la economía informal en el PIB de Venezuela incrementó su importancia en un 23 por ciento entre 1989 —año del primer *Paquete Económico*— y 1999, año de la llegada de Chávez al poder (pasó de suponer un 40.2 por ciento a un 52.4 por ciento). Según Wladimir Zanoi (2005) influyeron en ello, fundamentalmente, tres tipos de factores: 1) demográficos (la población creció muy por encima de la economía, en recesión); 2) económicos (fueron años de severa crisis), y 3) institucionales (las *rigideces* fiscales y laborales impuestas por el Estado fueron tales y la relajación de los controles tan grandes que muchas pequeñas y medianas empresas optaron por *informalizarse*). Ello propició crecimientos exponenciales del subempleo (que absorbió el desempleo formal) y de la venta ambulante, así como de fenómenos asociados como los referidos en el texto.

¹⁷ “Goodbye to Venezuelan Exceptionalism”, el artículo publicado bajo este título por Daniel H. Levine, en 1994, tuvo un efecto telúrico en el ámbito venezolanista internacional. El *Caracazo* (1989) y los dos intentos de golpe de Estado de 1992 contribuyeron a difuminar el mito (construido

dente. Toda la sociedad —excepto una minoría cada vez más aislada—¹⁸ fue víctima de una crisis que terminó afectando a las concepciones tradicionales de familia, política e, incluso, nación.¹⁹

A falta del recurso migratorio,²⁰ sobre ese difuso magma, se fue interiorizando, durante años, lo que Yves Pedrazzini y Magaly Sánchez (1992) definieron como una *cultura de urgencia* (es decir, del presente, del deseo, de la acción). En otros términos, un malestar labrado alrededor de una *cultura del riesgo* que, en el contexto de una batalla permanente por la supervivencia, terminó socavando los fundamentos de la estabilidad del sistema político venezolano.

Sobre dicha base comenzaron a vislumbrarse las trazas de una contraposición *biopolítica* que, a diferencia del bipartidismo clásico, afectó a todos los órdenes de la vida. Trascendió los marcos institucionales, aunque sus efectos también se dejaron sentir en ellos. Desde un punto de vista social, sus efec-

desde la década de los sesentas) de Venezuela como un país política y socialmente diferente a su entorno como consecuencia del ingreso petrolero. Siendo cierto que —durante la década de los setentas, la más opulenta— el país sudamericano llegó a tener un PIB parecido al de Italia, no lo es menos que entre 1983 (año del estallido de la *Crisis de la Deuda*) y 1994 (año de publicación del referido artículo de Levine) la pobreza se incrementó en más de un 400 por ciento (de 16.01 por ciento a 80.9 por ciento, <www.bcv.org.ve>). Tan impresionante deriva sólo pudo tener lugar sobre la base de un crecimiento que, incluso en los años de la *Venezuela Saudita*, no había logrado eliminar los condicionantes de la marginalidad.

¹⁸ Entre 1983 y 2000 salieron de Venezuela —en forma de fuga de capitales— unos 46 mil 581 millones de dólares (Medina Smith, 2005). Posteriormente, entre 2000 y 2006 —según los últimos datos disponibles, <<http://www.census.gov>>— 86 mil 359 venezolanos (la cifra actual puede aproximarse ya a los 100 mil) se exiliaron en Estados Unidos acogiéndose a una figura jurídica que permite emigrar como *inversor* (para lo cual hay que demostrar tener, al menos, ¡un millón de dólares!). Si tenemos en cuenta las proyecciones de población podremos constatar que estamos hablando de un porcentaje de población que frisa el 5 por ciento. Siendo importante y no se trata tan sólo de eso, el mero recurso a la emigración denota un grado de aislamiento que en los últimos tiempos está teniendo, incluso, una traducción política: tratándose de oposición, las posiciones del universo sociológico afín a la UNT (Un Nuevo Tiempo) y el exiliado son bastante diferentes.

¹⁹ Para hacerse una idea de la magnitud de la crisis conviene recordar cifras en términos comparados: entre 1983 y 2003, el PIB venezolano creció un modesto 10.03 por ciento a precios constantes, casi una tercera parte que en los veinte años precedentes (1963-1983: 26.52 por ciento) y menos de la mitad que un país latinoamericano de comportamiento económico tan errático pero simbólico como Argentina (24.71 por ciento entre 1983 y 2003, <www.indec.mecon.ar>). Por si fuera poco, siempre en Venezuela, la evolución de otros macroindicadores socioeconómicos, como la inflación o la pobreza, no fue menos espectacular. A lo largo del citado periodo la primera creció 3 mil 800 por ciento mientras que la segunda 617 por ciento (cálculo propio a partir de datos del Banco Central de Venezuela, <<http://www.bcv.org.ve>>).

²⁰ Venezuela sigue siendo un país peculiar desde un punto de vista migratorio. A pesar de que comienza a observarse una inédita tendencia a la emigración (se calcula que ya hay unos 200 mil venezolanos fuera de Venezuela), el saldo migratorio neto sigue arrojando resultados que colocan al país como un destino de emigración (en estos momentos hay un millón de extranjeros en Venezuela). Obviamente el petróleo funge como imán migratorio y el *chavismo*, actualmente, como causante de emigración.

tos resultaron telúricos: las clases medias comenzaron a interactuar para defender sus derechos²¹ y los sectores populares para reivindicarlos.

El referido escenario, inédito en la historia reciente del país, tendió a ser ignorado —sobre todo en el extranjero— difundiéndose una inexacta impresión de nihilismo y despolitización. Lo que estaba ocurriendo era, sin embargo, todo lo contrario: las *franjas débiles emergentes* estaban comenzando a generar nuevas formas de participación y de vinculación coherentes con su nueva situación social y desligadas, por ende, del esquema clientelista clásico.

La mayor parte de las movilizaciones sociales se fundamentaron en principios como la cercanía y la confianza (al principio no interclasista), y trataron de resolver, autónomamente, una diversidad de situaciones a las que un Estado en plena jibarización era incapaz de responder.²² Lo político se encontraba, pues, en plena mutación. Su eje estaba transitando de lo nacional a lo local, de lo representativo a lo participativo y de lo formal a lo informal.

Antes de 1992 todavía no se podía hablar, empero, ni del embrión de un proyecto político alternativo. Las posiciones, contradictorias, seguían estando determinadas más que por un instinto de supervivencia por un evidente pragmatismo.²³ Quizás por ello las ententes formales no estuvieron bien organizadas ni fueron ideológicamente homogéneas. Es más, casi todos los intentos de institucionalización del malestar fracasaron.²⁴

Las convergencias solieron darse, más bien, en torno a situaciones muy concretas alimentadas por reivindicaciones muy específicas. Poco a poco, tres demandas tan básicas como la inclusión, el bienestar y la soberanía se fueron convirtiendo en la espina dorsal de una sensibilidad disidente. Durante años

²¹ Hubo en estos años muchos vehículos que comenzaron a sustituir a los partidos generando lazos entre los sectores intermedios: asociaciones de vecinos; gremios profesionales; organizaciones no gubernamentales; clubes privados; congregaciones religiosas, etc. Entre las clases populares se produjo un fenómeno análogo aunque, probablemente, menos institucionalizado. A estos niveles la *cultura de urgencia* fue la que primó sobre una organización que, de todos modos existió —sobre todo a nivel local las alianzas tendieron a tejerse en función de acontecimientos puntuales y referentes organizativos ya existentes.

²² Podemos estar hablando desde simples servicios públicos hasta *intervenciones estabilizadoras*: redes informales de cuidado de niños; atención médica primaria; obtención de empleo y vivienda; mantenimiento de clases pasivas; sistemas de abasto; intercambio de mercancías; obtención de crédito; resolución de urgencias de todo tipo, e, incluso, mantenimiento del orden público (Grohmann, 1996).

²³ Para mucha gente era normal, por ejemplo, votar por uno de los dos grandes partidos y participar, en paralelo, en movilizaciones anti-sistémicas o militar, incluso, en organizaciones con esa orientación. Dichas actitudes recuerdan enormemente a lo que James C. Scott (1990) definió alguna vez como el *arte de la resistencia*.

²⁴ Hubo sonados fracasos a derecha e izquierda. Tres son los más simbólicos: el de las asociaciones de vecinos; el del Movimiento al Socialismo (MAS), y el de La Causa R o Radical. En todos los casos referidos hubo algún momento en el que pareció que sus postulados podrían llegar a tener una acogida considerable. No sólo eso no ocurrió sino que los tres proyectos citados terminaron hundiéndose.

—como recuerda Edgardo Lander (2000)— los medios de comunicación sirvieron de correa de transmisión, se encargaron de publicitarlas y de legitimarlas.

Las disensiones intraoligárquicas

El 27 de febrero de 1989 el malestar latente se desbordó. En el *Caracazo*, un enorme motín popular, confluyeron de golpe casi todos los elementos efervescentes que se vienen describiendo, y algunos más. Todo comenzó 85 días antes, cuando Carlos Andrés Pérez —patrón de AD, uno de los dos grandes partidos sobre los que pivotaba la IV República— fue elegido Presidente con el hasta entonces mayor número de votos en la historia de Venezuela. Dos meses después, durante su toma de posesión, Pérez anunció —traicionando sus propias promesas electorales— un plan de *ajuste estructural* concertado con el FMI. Su conocido *Paquete Económico* buscaba subsanar, gracias a un préstamo de 4 mil 500 billones de dólares, los graves *deficit* financiero, fiscal, monetario y comercial provocados por la depresión de los precios mundiales del petróleo y la *internacionalización* de PDVSA.

La intención política de fondo iba, sin embargo, allende. Consistía en superar —por medio de toda una serie de draconianas medidas—²⁵ el modelo productivo labrado alrededor de la renta petrolera. El problema es que la primera víctima de su *Gran Viraje* fue el consenso intraoligárquico que, desde el Pacto de Punto Fijo, había garantizado —vía control clientelar de las clases subalternas— una gobernabilidad relativamente aceptable para los sectores dominantes.²⁶

²⁵ El *Paquete Económico* propuesto por Carlos Andrés Pérez en 1989 previó —a cambio de un préstamo de 4.5 billones de dólares por parte del FMI— medidas tales como: una liberalización de los tipos de interés; una unificación cambiaria (que incluyó una eliminación de los tipos de cambio preferenciales); la libre fluctuación del bolívar; una liberalización gradual de casi todos los precios (excepto los de la cesta básica); un incremento gradual en las tarifas de servicios públicos como el teléfono, el agua, la electricidad y el gas doméstico; un aumento de los precios de productos derivados del petróleo, con un primer aumento promedio del 100 por ciento en el precio de la gasolina; un aumento inicial de las tarifas del transporte público en un 30 por ciento; un aumento de sueldos en la administración pública central entre el 5 y el 30 por ciento y un incremento del salario mínimo; una eliminación progresiva de los aranceles a la importación; una reducción del déficit fiscal por debajo del 4 por ciento del PIB, y una congelación de la creación de empleo en la Administración Pública.

²⁶ El Pacto de Punto Fijo se fraguó en la homónima población (oeste de Venezuela) el 31 de octubre de 1958. Se firmó entre la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y las primeras elecciones democráticas. Fue un acuerdo esencialmente político orientado a la defensa de la democracia (frente a intenciones golpistas) y al establecimiento de un consenso mínimo que dotara de sostenibilidad al nuevo sistema (la clave radicó en apostar por el petróleo como palanca del desarrollo). La fuerza de este pacto vino dada, sobre todo, por el decidido apoyo de Washington, cada vez más alarmado —en el marco de la Guerra Fría— por lo que estaba sucediendo en Cuba (meses después triunfaría la Revolución). Se trataba, en la práctica, de contraponer al socialismo un modelo alternativo basado en la estabilidad política y el progreso económico. En buena parte, como

Suele hablarse muy poco de ello, pero las disensiones surgidas en el seno de tales sectores resultan fundamentales para comprender el trasfondo (e incluso las implicaciones posteriores) del *Caracazo*. Pese a ello, se le ha prestado más atención a las medidas que mayor incertidumbre y malestar generaron entre los sectores medios y populares, quizás porque fueron las que, en última instancia, desencadenaron el motín.

El plan de *ajuste* de Pérez fue mucho más que eso: pretendió promover la creación de un tejido productivo eficiente y competitivo; de un régimen comercial de libre competencia; de un sistema monetario único, y de una política fiscal progresiva (véase nota 25). Todo ello difícilmente digerible, incluso, para unos sectores dominantes más acostumbrados a vivir de rentas, especulaciones y subsidios que a producir y competir.

Por eso, durante los primeros meses de 1989, las cada vez más evidentes fricciones intraoligárquicas comenzaron a abonar una creciente sensación de desamparo entre los sectores medios y populares que —por razones distintas— no sólo se sentían políticamente engañados sino que, además, temían la inminente retirada de subsidios y la consiguiente alza de precios de casi todos los insumos básicos (gasolina, agua, gas, electricidad, etcétera).

La cuerda terminó rompiéndose por el lado más débil: el desasosiego generalizado provocado por la propuesta de Pérez propició impulsos acaparadores, el acaparamiento, especulación y la especulación una inflación descontrolada. En medio de dicho marasmo el precio de la gasolina fue incrementado en un 100 por ciento, provocando subidas en el precio del transporte público superiores al —¿ingenuo?— 30 por ciento que el gobierno pretendía imponer.

El 27 de febrero de 1989 los trabajadores más humildes ya no aguantaron. La mecha se prendió en la terminal de autobuses interurbanos de Guarenas y penetró en Caracas a través de los intercambiadores de transporte. Los medios, que divulgaron la noticia con tintes sensacionalistas, contribuyeron a dotar al motín, en poco tiempo, de unas dimensiones masivas. Los comercios cerraron, el transporte público dejó de operar y la violencia se generalizó.²⁷

El *Caracazo* no tuvo promotores políticos aunque muchos actores trataron de rentabilizar, posteriormente, sus dividendos. La revuelta en cuestión fue pro-

consecuencia de sus excelentes resultados —sobre todo durante los primeros años— pero, sobre todo, de las pocas alternativas reales, la oligarquía venezolana terminó aceptando este principio legítimo. A cambio —entre 1960 y 1973— el sistema político combatió sin cuartel la insurrección comunista (en forma de guerrilla). El Pacto de Punto Fijo, en teoría, estuvo vigente tan sólo hasta el primer gobierno de Rafael Caldera, en 1969. En la práctica, sin embargo, sus inercias institucionales continuaron vigentes hasta la llegada de Chávez al poder, en 1999. Políticamente estaba muerto, como sea, desde que Pérez trató de introducir su *Paquete Económico* en 1989.

²⁷ Guarenas es una población del área metropolitana de Caracas. El *Caracazo*, pese a su nombre, no se limitó a la capital: durante la semana que duró, se registraron disturbios en La Guaira, los Valles de Tuy y otras poblaciones cercanas. Durante los últimos días de la revuelta llegó a haber intentos de amotinamiento, incluso, en ciudades más grandes y lejanas como Maracay o Valencia.

ducto, más bien, de un conjunto de sobreentendidos, complicidades y solidaridades tejidos durante años en el seno de unas *franjitas débiles*, cuyo componente *emergente* y, por ende, clasemediero, se mostró especialmente activo. No hizo falta recurrir, por consiguiente, a alianzas formales. Tampoco hubo planes preconcebidos, al contrario, en cada decisión primó un espontáneo deseo de apropiación de mercancías de las que, como consecuencia de la crisis, se estaba viendo privado un porcentaje cada vez mayor de una población eminentemente consumista.²⁸ Es tan sólo a partir de dichos parámetros, más inconsciente que conscientemente, como llegaron a ponerse en entredicho pilares del sistema como el derecho de propiedad.

La politización del malestar fue, en realidad, producto de la indiscriminada represión posterior emprendida por el gobierno,²⁹ pero también —sobre todo en lo que atañe a los sectores intermedios— de la profundidad de una crisis que parecía no tener fin. La *cultura del riesgo* asumió, en dicho marco, la forma de un reto permanente (y diversificado, según la posición social de cada quien) hacia un poder constituido percibido, cada vez más, como ilegítimo.³⁰

Las *franjitas débiles* se fueron convirtiendo en productoras netas de inestabilidad, además de que el contexto contribuyó. La confrontación entre los sectores dominantes y los dirigentes alcanzó tales niveles que el propio Pérez terminó siendo destituido un año después.³¹ Resulta plausible pensar, pues, que el no desbaratamiento inmediato del intento de Golpe de 1992 respondiera más a disensiones intraoligárquicas que a la capacidad real de los amotinados.

²⁸ Asdrúbal Baptista (2006) proporciona un dato esclarecedor al respecto: desde 1960 el consumo sobrepasa con creces a la producción.

²⁹ A pesar de la importancia del *Caracazo* en la reciente historia de Venezuela, muchos de sus elementos todavía están por clarificarse. Parece evidente, por ejemplo, que su virulenta represión (mediante una intervención militar de contingencia como el *Plan Ávila*) estuvo relacionada con la tardía reacción de un gobierno que tardó, nada más y nada menos que tres días en tomar la decisión. Se ignora exactamente el porqué, aunque desde el principio circularon especulaciones que apuntaron a las disensiones intraoligárquicas que estaba generando el *Paquete Económico* de Carlos Andrés Pérez. Según esta versión, el presidente habría tardado en intervenir como forma de presión sobre la oligarquía. En realidad, siempre habría desestimado la capacidad organizativa y operativa de las masas. El hecho cierto es que, más allá de las especulaciones, Caracas fue condenada, en 1999, por la *Corte Interamericana de Derechos Humanos* como consecuencia de la indiscriminada represión del *Caracazo* en la que, según cifras oficiales, perecieron 276 personas; según las oficiosas, cerca de 3 mil.

³⁰ Margarita López Maya calcula que entre 1989 y 1999 se produjeron en Venezuela 7 mil 92 protestas públicas (entre marchas, cierres de vías públicas, tomas e invasiones, disturbios, quemas, saqueos, etcétera.). La crisis económica, sin duda, influyó, pero la ruptura simbólica más importante fue el *Caracazo*. En 1989 se quebró el principio de autoridad y además se fue disolviendo, progresivamente, la capacidad clientelar del Estado para comprar paz social. Fue así como el modelo de protesta, ensayado durante el *Caracazo*, comenzó a proliferar social y geográficamente.

³¹ Carlos Andrés Pérez no terminó, en efecto, su segundo mandato presidencial (1989-1994). A principios de 1993 —muy probablemente como consecuencia directa de las disensiones intraoligárquicas— fue destituido por la Suprema Corte de Justicia por *malversación de fondos reservados*. En 1996 fue condenado a 2 años y 4 meses de arresto domiciliario. Fue el primer presidente de Venezuela en verse sometido a un proceso tal.

En este marco de desgobierno hubo, sin embargo, un elemento con el que ningún actor contó: el por entonces desconocido Chávez.³² Durante los meses anteriores a la asonada, sólo unos pocos supieron lo que se avecinaba. Nadie hizo nada. A los sectores dominantes les interesaba desestabilizar al gobierno de Pérez, a ciertos sectores de las clases medias mano dura y a los sectores populares imponer ciertas formas de inclusión social.

Nadie sospechaba, sin embargo, que el intento de Golpe alumbraría un liderazgo carismático capaz de aunar intereses sociopolíticos contradictorios en casi todo, salvo en su frontal rechazo al orden establecido. Los medios de comunicación contribuyeron, una vez más de forma involuntaria, a la proyección pública de un personaje que —¡en menos de cinco minutos!—³³ logró hacerse con el control político del malestar social reinante.

Cuando se evocan los sucesos de 1992 suele olvidarse que el Golpe, en origen, no estuvo planificado como tal sino como una *rebelión cívica* (véase nota 33) en la que los sectores militares implicados habrían debido participar subordinados a sectores populares urbanos que —desde el *Caracazo*— habían venido organizándose clandestinamente alrededor de estructuras semi-legales (en todo caso públicas) como la Asamblea de Barrios.³⁴

³² Hugo Chávez llevaba conspirando, en realidad, desde principios de la década de los ochentas. En 1982 —coincidiendo con el 200 aniversario del nacimiento de Simón Bolívar— había fundado secretamente (en el seno del ejército) el Movimiento Bolivariano Revolucionario-200 (MBR-200). Se trataba de un grupo muy minoritario. Sus planteamientos eran muy vagos, incluso ingenuos: se estructuraban alrededor de la figura de Simón Bolívar y de reivindicaciones más corporativas que sociales. Muy representativas, en el fondo, de un estamento de influencia militar oscilante. El *Caracazo* provocó, sin embargo, un considerable cambio cualitativo: muchos soldados —de origen muy popular— se vieron obligados a reprimir brutalmente a la población y los que no, vivieron muy de cerca la situación. En el caso que nos ocupa, por ejemplo, Felipe Antonio Acosta Carles, uno de los compañeros más cercanos a Chávez, falleció tiroteado. A partir de ese momento, las redes existentes —más o menos conocidas por la tropa— se convirtieron en un referente moral en el seno de las Fuerzas Armadas y sus planteamientos comenzaron a apearse más a la realidad circundante. El propio Chávez, por ejemplo, inició un master en Ciencias Políticas y cuando —en 1991— asumió el mando de la Brigada de Paracaidistas con sede en Maracay escribió dos pequeños ensayos: “Proyecto de Gobierno de Transición” y “Anteproyecto Nacional Simón Bolívar”. Al año siguiente estaba liderando un intento de golpe de Estado.

³³ Los medios de comunicación fueron los que contribuyeron, en efecto, a proyectar con una rapidez inusitada la figura de Chávez. La anécdota es muy conocida pero es importante contextualizarla. Todo parece indicar que los militares sublevados habían entrado en contacto con ciertos sectores populares organizados. La idea no era tanto un golpe de Estado como una *sublevación cívico-militar*. Probablemente como consecuencia de la violencia estructural pero, sobre todo, de la brutal represión del *Caracazo* la vertiente popular no reaccionó como esperaban los conjurados. Ello tuvo consecuencias inmediatas. El gobierno de Pérez logró controlar la situación y presentar la insurrección como una asonada clásica. Chávez, aprovechando el vacío, decidió rendirse pero pidió hacerlo ante las cámaras. Frente a ellas, básicamente, asumió responsabilidades. Ello le dio un prestigio social enorme. En años de crisis nadie lo había hecho.

³⁴ En la fundación de la efímera *Asamblea de Barrios* (de Caracas) confluyeron necesidad y virtud. Desde finales de los años ochentas varias agencias de Naciones Unidas (como el PNUD o el Centro de Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, CNUAH) venían promoviendo —sobre todo en megápolis de la periferia— concepciones totalizantes e integradoras de ciudad que inclu-

El 4 de febrero de 1992 ocurrió, sin embargo, todo lo contrario, los militares tomaron el mando operativo de una situación que contó con un notable —aunque insuficiente— apoyo popular. Se trató, por ende, de un intento de golpe de Estado *sui generis* que, sin embargo, a ciertos sectores de la oligarquía les interesó presentar como un cuartelazo clásico. Lo interesante es que, incluso en este caso, no hubo unanimidad.³⁵

Comenzaba a fraguarse un intento sistémico de refundación del orden establecido que ya no estaba basado en principios neoliberales sino en la articulación de una relación dialéctica redefinida entre el centro y la periferia del sistema político. Nada raro, el *cleavage* central de la política venezolana se estaba desplazando desde el clásico —e institucional— esquema bipartidista a otro nuevo que confrontaba a defensores y detractores del orden constituido.

Ante tal escenario, en determinados círculos de los sectores dirigentes y de las clases medias comenzó a buscarse —como ocurriría posteriormente en el caso de otros países del entorno— el compromiso, no la represión. Temas como la reforma del Estado o la política social se pusieron entonces, no por casualidad, de moda. Rafael Caldera y los sectores más moderados de la izquierda institucional (como el MAS o La Causa R) encarnaron dicha tendencia.³⁶

yeran a los suburbios. Para 1991 promovieron el I Encuentro Internacional por la Rehabilitación de los Barrios del Tercer Mundo y escogieron a Caracas como lugar de celebración. La Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela fue la encargada de organizar un evento que terminó alumbrando la referida plataforma. Su creación permitió que ciertos sectores de las clases medias y de los sectores populares no sólo entraran en contacto entre sí sino que socializaran su malestar con el orden establecido. Confluyeron en dicha experiencia tres grandes tradiciones ideológicas: la marxista, la del cristianismo social y la estrictamente popular. Todas ellas establecieron unos consensos programáticos muy concretos (que los barrios debían ser considerados como parte integrante de la ciudad, que su calidad de vida debía ser mejorada, que, para ello, eran necesarias viviendas, escuelas y trabajos dignos y, sobre todo, que había que abrir espacios a la participación democrática). A pesar de que la mencionada plataforma tuvo una existencia relativamente fugaz, visto con retrospectiva, también tuvo un impacto simbólico considerable en la vida política del país: contribuyó en buena medida a que, en 1993, un candidato no perteneciente a ninguno de los dos grandes partidos (Aristóbulo Istúriz) llegara a la alcaldía de Caracas.

³⁵ El caso seguramente más elocuente a este respecto fue el de Rafael Caldera. Él no sólo había fundado uno de los dos grandes partidos, el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI), sino que, además, había sido firmante del Pacto de Punto Fijo. En 1992 ser, en cierto modo, una representación viva del sistema político no le impidió liderar una especie de voladura controlada del mismo. Se salió, en efecto, de COPEI fundando Convergencia. Al año siguiente fue escogido Presidente de la República en alianza con la izquierda institucional (sobre todo con el MAS y el Partido Comunista Venezolano (PCV), entre otros). Se trató de un intento de refundación del sistema a partir de parámetros que, en principio (la práctica luego fue diferente), marcaban diferencias con los postulados neoliberales que había encarnado Carlos Andrés Pérez durante su segunda presidencia (1989-1993).

³⁶ La izquierda venezolana ha tenido una historia movida. En ello ha influido, sin duda, la aguda represión a la que se vio sometida desde sus inicios en los años treinta. La IV República se creó, por ejemplo, bajo un postulado de exclusión de los comunistas que terminaron apoyando una dura experiencia guerrillera, ampliamente derrotada en 1973. A partir de ese momento comenzó un lento proceso de institucionalización caracterizado —hasta 1998— por una considerable dispersión

El efecto inmediato del referido clima fue que los espacios sociopolíticos, lejos de volverse a cerrar —como tras el *Caracazo*— profundizaron su apertura, permitiendo el asentamiento de convergencias pretéritas. Fue así como el malestar cobró legitimidad social y la acción colectiva valor político, al margen del entramado institucional. La figura de Chávez se convirtió, en dicho contexto, en la encarnación de casi todos los mínimos comunes denominadores.

La irrupción de Chávez

Tras el Golpe, y aún desde prisión, la imagen de Chávez devino en el inesperado referente de un discurso alternativo inspirado en sensibilidades que, si bien habían estado latentes desde la derrota guerrillera de los años setentas, no habían terminado de cuajar ni por la vía insurreccional ni por la institucional. Más interesante todavía: cada quien comenzó a cifrar sus esperanzas políticas en el personaje en cuestión, en función de su posición en la escala social.

De hecho, mientras que los sectores populares anhelaban imponer mecanismos políticos que garantizaran su inclusión social, ciertos sectores de las clases medias tenían pretensiones bonapartistas, y la izquierda institucional —en especial tras el fraude electoral de 1993, véase nota 36— no buscaba más que un candidato de garantías. Incluso los militares parecían abrigar intenciones orientadas a defender sus privilegios corporativos.³⁷

Tal convergencia terminó delineando una característica central del *chavismo*: carecer de un cuerpo doctrinario, lo que le ha dotado, históricamente, de una enorme agilidad política pero también ha contribuido a encasillarle, a estereotiparlo, a desprestigiarle. El *chavismo* es —según a quien se lea o escuche— populismo, bonapartismo, altermundismo o militarismo. Es más, a medida que

y un apoyo popular limitado. Dos grandes tendencias fueron distinguibles en su seno: la proveniente de experiencias guerrilleras (encarnada, sobre todo, por el MAS y en menor medida por el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP) y el PCV) y la —más tardía— articulada alrededor de procesos sociales o experiencias sindicales (como La Causa R). Sus planteamientos, en realidad, jamás fueron verdaderamente anti-capitalistas (sino reivindicadores de mayores cotas de justicia social) y tampoco anti-sistémicos (más bien, contrarios al bipartidismo reinante). Esta izquierda, aunque dividida, fue percibida por primera vez como alternativa de gobierno en 1993. No sólo el MAS fue el gran sostén partidario del presidente Caldera sino que en su momento se dijo que el verdadero ganador de aquellos comicios habría sido Andrés Velásquez, líder de La Causa R. Al final, la implicación del MAS en la Agenda Venezuela (un segundo plan de ajuste estructural implementado en 1997) y el surgimiento de la candidatura de Chávez terminaron haciendo desaparecer a casi todas estas opciones del mapa político venezolano.

³⁷ Los especialistas militares Inés Guardia y Leonardo Salas (s/f) definen el *neocorporativismo* (militar) como el proceso mediante el cual “los militares venezolanos fueron ocupando distintos cargos en la Administración Pública a partir de 1989”. A tal efecto —que es lo que aquí más interesa subrayar— habrían usado “sectores y consignas de la vieja izquierda latinoamericana y en la práctica han competido por la conquista de espacios políticos y se han producido conflictos en la conducción política del Estado”.

la polarización ha crecido, los matices han ido difuminándose. Pero aún los hay. Los más importantes tienen que ver con la dimensión sociológica del fenómeno en cuestión. A ese respecto, no se trata tanto de poner etiquetas como de comprender su significación y su trascendencia política. No hay que olvidar, sobre todo, que Chávez ha logrado dotar de un realismo y de un pragmatismo a la izquierda venezolana que las diversas iniciativas que le antecedieron nunca habían conseguido.

Esto es algo que —aunque con expresiones diferentes— asemeja la experiencia neobolivariana a otras movilizaciones anti-neoliberales —como la de los neozapatistas mexicanos, los cocaleros bolivianos, los *sin tierra* brasileños o los *piqueteros* argentinos. Pareciera que los comunes denominadores que asocian a estos nuevos actores tienden a ser tanto más ambiguos cuanto más se alejan del liderazgo carismático y del núcleo central de la protesta. Sus discursos resultan heterodoxos y zigzagueantes e, incluso, en no pocas ocasiones, contradictorios. Las trazas comunes son muy básicas, poco desarrolladas. En el caso que nos ocupa, por ejemplo, el neoliberalismo como práctica (y no tanto el capitalismo como sistema) es el que es percibido como principal enemigo.³⁸ La apuesta socialista debe ser considerada, de hecho, a partir de estos y no de otros supuestos.³⁹

Otro elemento clave, muy relacionado con el anterior, es que en el *chavismo* desaparece la idea de un futuro necesariamente idílico. Se prefiere la redacción de un pasado confortable. Hay, sin embargo, un malentendido central: las constantes referencias de Chávez a la gesta independentista, en general, y a la figura de Simón Bolívar, en particular, opacan el hecho de que la *Venezuela Saudita* es la que funge de verdadero referente simbólico para los *chavistas*.

Es lógico, el *shock petrolero* mundial de los años setentas marcó un punto

³⁸ Hay cierto debate a este respecto que, precisamente, tiene que ver con la conformación sociológica del *chavismo*. No es que en su seno no haya un componente anti-capitalista, lo que ocurre es que es minoritario y, además, no controla los mecanismos más importantes de ejercicio del poder. Se trata, por lo general, de sectores populares (o incluso clasemedios) de tradición izquierdista impotentes para combatir —por ejemplo— la influencia militar pero con un discurso lo suficientemente elaborado que, a nivel público, suele imponerse. Consecuencia de todo ello: las apariencias (o incluso, las complicidades) engañan.

³⁹ El tema del socialismo asociado al *chavismo* resulta controvertido y en realidad no es un debate que pueda considerarse cerrado. Formalmente hablando, el término no apareció sino hasta una fecha tan tardía como 2005. Fue en el V Foro Social Mundial de Porto Alegre (Brasil) cuando Chávez llamó a construir el *socialismo del siglo XXI*. Hasta entonces —desde el Golpe de 2002— se había hablado, más bien, de *proceso*. Desde la derrota en el referéndum de 2007 parece haberse optado, al contrario, por opacar el término. Su utilización, de hecho, parece tener más que ver con equilibrios tácticos que con planteamientos estratégicos. Así pues, en la medida en la que la primera entente real fue con las viejas clases medias, se habló de *Tercera Vía*, pero cuando el escenario cambió y hubo que buscar el apoyo de los sectores populares se comenzó a hablar de *proceso* primero y de socialismo después. Ahora que las nuevas clases medias vuelven a tener peso, el discurso vuelve a modificarse. Hablar de oportunismo sería, no obstante, demasiado sencillo: el *chavismo* es un dispositivo, no debe olvidarse, de conversión del malestar social en iniciativa política muy determinado por la demanda. Actuar de esa manera le es, en cierto modo, consustancial.

de inflexión de dimensiones telúricas en la Venezuela contemporánea. Transformó —como apunta Coronil— la organización productiva tradicional alterando, de paso, la mentalidad de la gente.⁴⁰ Para las franjas débiles —y sobre todo para su componente emergente— la Venezuela Saudita, sinónimo de crecimiento e integración, resulta pues mucho más tangible que la lejana Independencia. Seguramente por eso, a lo largo de los años de crisis, flotó en el ambiente un enorme deseo colectivo de reversión. Lo evidencia, por ejemplo, la tormentosa presidencia de Pérez (véase nota 31). Su masiva elección y su rápida destitución prueban hasta qué punto los anhelos populares apuntaban más a una recuperación de los mecanismos sociopolíticos que —en los setentas— habían garantizado cierto reparto de la renta que a una superación del rentismo *per se*.

El planteamiento en cuestión obviaba los componentes más estructurales de la crisis (como la depresión de los precios internacionales del petróleo), pero estaba dotado de un fuerte contenido político y, por ende, de una importante potencia creativa. Su estructura era sencilla: reivindicaba el disfrute de la renta petrolera como un derecho inalienable que debía ser garantizado a partir del Estado, intermediador entre recursos energéticos y gran capital transnacional.

El problema es que dicha reivindicación llevaba aparejada cierta aceptación implícita de los mecanismos clientelares (y por consiguiente, partidistas) que durante el *boom* petrolero habían canalizado el reparto de la renta. Durante los noventas éste fue un punto de divergencia central en el seno de las *franjas débiles*. El sector militante pretendía aprovechar la decadencia de los dos grandes partidos para sustituirlos. Enfrente, los sectores populares que, aunque llegaron a realizar alianzas con la izquierda institucional (como la que les permitió llegar a controlar, en 1993, la alcaldía de Caracas, véase nota 34) se caracterizaban por un discurso cada vez más anti-partidista y participativo. No resulta exagerado aseverar que —en vísperas del intento de Golpe de 1992— dicho cleavage impedía el desarrollo político de arraigados sentimientos sociales anti-sistémicos.

En el contexto de dicho *impasse* la figura de Chávez tuvo un valor magnético. Su liderazgo carismático —pese a haberse impuesto a su contraparte civil durante la *revuelta* militar— fue rápidamente aceptado por las clases medias y los sectores populares —e incluso, con el tiempo, por miembros satélite de las *franjas débiles*—⁴¹ como epítome de convergencias preexistentes articuladas alrededor del principio de redistribución de la renta petrolera. Su figura y su dis-

⁴⁰ Coronil (1997) sostiene, más concretamente, que a medida que Venezuela se fue transformando en un país productor de petróleo, su Estado fue convirtiéndose en un “productor de fantasías de integración colectiva (...) que cautiva mentes a través de estrategias culturales histriónicas”.

⁴¹ Los primeros apoyos de Chávez no sólo provinieron más de las clases medias que de los sectores populares sino que, probablemente por eso, hubo una considerable tendencia bonapartista. No hay que olvidar, en este sentido, el ejemplo más extremo: que el “negacionista” argentino Norberto Ceresole fue una de las primeras inspiraciones ideológicas de Chávez.

curso comenzaron a quedar asociados a una posibilidad real de cambio. Quizá por eso, a medida que la autoridad política de Chávez se reforzó, fue desligándose de las deliberaciones que se producían en la base. Aunque sería incorrecto aseverar que la camarilla que comenzó a formarse a su alrededor ignoró las demandas sociales básicas, también lo sería omitir que lo que se forjó entonces fue una vanguardia.⁴² Ello tuvo un doble efecto: aunque tendió a pervertir la tradición dialéctica de las masas, dotó al movimiento popular de un pragmatismo y de una eficiencia política de las que había carecido hasta entonces.⁴³ Lo demuestra, sin ir más lejos, el *compromiso histórico* que terminó institucionalizando las convergencias entre los enemigos del sistema: el *Polo Patriótico* —lejano antepasado del PSUV— aceptó participar en las instituciones pero para reinventarlas.⁴⁴

La politización de los movimientos sociales fue un gran paso no exento, empero, de contradicciones. La participación fue asumida, por ejemplo, como componente esencial de un proyecto político hijo de reivindicaciones democráticas radicales (*jacobinas*, según Georges Lomné). Se trató, sin embargo, de un

⁴² El estudio de la formación de la clase dirigente *chavista* es algo todavía pendiente, quizá porque es un proceso no completamente cerrado y mucho menos, institucionalizado. Ya es posible detectar, sin embargo, algunas tendencias interesantes. Es evidente que se trata de una vanguardia cuyo núcleo ha variado a lo largo del tiempo (más o menos la mitad de sus componentes) en función, básicamente, del asentamiento del liderazgo carismático de Chávez. Los pocos personajes con trayectoria política previa al *chavismo* han ido desapareciendo o pasando a segundos planos (casos de Aristóbulo Istúriz, José Vicente Rangel o Alí Rodríguez) y en los casos más extremos, han sido defenestrados o han roto abruptamente (casos de Luis Miquilena o Rafael Isaías Baduel). El mecanismo de conformación del PSUV —en 2007— es el que mayor luz ha arrojado sobre la estructura, el peso y la evolución de dicha vanguardia en la Venezuela contemporánea. Se trata, para empezar, de un grupo más que heterogéneo, profundamente equilibrado entre las distintas tendencias sociales y políticas. Sus decisiones suelen ser tomadas al margen de instituciones que sirven, más bien, de vehículos de legitimación. Un punto fundamental, por último, es que hay una subordinación absoluta al liderazgo carismático de Chávez y pese a la retórica oficial, un intento constante de sumisión de los sectores populares.

⁴³ Visto con perspectiva da la impresión de que lo que entonces emprendió Chávez fue un plan o quizá, mejor, una sucesión de planes operativos de inspiración y carácter militar.

⁴⁴ El *Polo Patriótico* fue una experiencia política de apenas tres años que resultó, sin embargo, revulsiva en la historia de la Venezuela contemporánea. Fue creado en 1997 alrededor de nueve partidos. Federó, en la práctica, al *chavismo* primigenio con la izquierda institucionalista —MAS, Partido Patria para Todos (PPT), PCV, etcétera. (por eso hablamos de *compromiso histórico*). Su mayor virtud es que logró comprender que el principal *cleavage* que se había venido dibujando en Venezuela desde el *Caracazo* ya no era el existente entre las supuestas derecha e izquierda formales —AD y COPEI— sino el trazado entre partidarios y detractores del orden constituido. Apenas un año después de su formación se le contrapuso el *Polo Democrático* que duró hasta 2006, y aglutinó a la izquierda y derecha formales. Sus planteamientos constituyentes tampoco fueron, por otra parte, originales sino que deben ser enmarcados en un contexto histórico: la crisis de la democracia tras la *década perdida* y la introducción de los *planes de ajuste*. Desde 1992 —aunque con otra inspiración— Alberto Fujimori había hecho algo parecido en Perú; por otro lado, en 1994 había habido una reforma constitucional en México, etcétera. Se trataba de un planteamiento que en cierta medida estaba, por consiguiente, en *l'air du temps*.

tipo de participación muy local y desde luego asertiva, cuando se trató del control real de dispositivos de poder centrales (como el petróleo).⁴⁵

Es más, al principio, tan pragmáticos llegaron a ser los planteamientos que incluso la transformación social quedó relegada a un segundo plano. Fue la forma en la que la dirigencia *chavista* se ganó a sectores de las clases medias sólo relativamente golpeados por la crisis, o que, aunque lo hubiesen sido, seguían estando ligados —por lazos clientelares— a estructuras corporativas cada vez más, eso sí, en descomposición.⁴⁶

Desde un punto de vista estratégico, dichas maniobras no dejaron de tener su importancia. Los niveles de abstención entre los sectores populares siempre habían sido elevadísimos en Venezuela, en parte, debido a factores sociológicos (ligados a lo que Oscar Lewis definía como *cultura de la pobreza*), y en parte, a razones administrativas como las propiciadas por censos intencionadamente excluyentes.⁴⁷ Unas y otras se retroalimentaban. Romper el vínculo que las entrelazaba acercando el proyecto a las clases medias terminó brindando a Chávez la presidencia en 1998. Este fue otro de los elementos de ambigüedad que generó malentendidos en el seno de una izquierda internacional que no llegó a

⁴⁵ La toma de PDVSA, en 2003, fue un momento decisivo en la historia del *chavismo*. Hasta entonces, y como consecuencia de los efectos combinados de la *internacionalización* de la compañía y de su autonomía legal, el control del Ejecutivo sobre la misma había sido prácticamente nominal. Mommer (2003) denuncia, incluso, múltiples casos de instrucciones gubernamentales deliberadamente ignoradas durante años. De su control dependía, en buena medida, la capacidad de supervivencia del proyecto político. En dicho marco, poco después del fracaso del golpe de Estado de 2002, la oposición intentó asediar nuevamente a un gobierno que todavía no había tenido tiempo de rehacerse. En diciembre de 2002 los directivos de la compañía promovieron un cierre patronal (*lock out*) que, en la práctica, supuso un pulso político a Chávez. En ese caso, sin embargo, los mecanismos de movilización popular activados durante el golpe de Estado volvieron a reactivarse. Las masas tomaron las instalaciones de PDVSA decretando el fracaso del cierre y otorgando, de esta manera, viabilidad definitiva al proyecto *chavista*. En poco tiempo, sin embargo (y este es un punto poco o nada estudiado), fueron despojadas del control de las instalaciones y llamadas a participar en el proceso de toma de decisiones, tan sólo, refrendariamente.

⁴⁶ El derrumbe electoral de AD y COPEI resultó verdaderamente impresionante. De cosechar juntos un 92.84 por ciento de los votos emitidos en 1988 (con un 18.08 por ciento de abstención) pasaron a tener, apenas, un 2.72 por ciento en 2000 (con un 42 por ciento de abstención). Perdieron, por consiguiente, un 97 por ciento de sus votos en apenas 12 años, duplicándose, al mismo tiempo, la abstención.

⁴⁷ En Venezuela sólo existe algo parecido a un registro civil desde 1943. Durante la IV República se institucionalizó toda la infraestructura pertinente e incluso comenzaron a hacerse censos periódicos de población. Siempre hubo, sin embargo, un interés sociopolítico de que grandes masas de población no estuvieran regularizadas. Era una forma de evitar que grandes contingentes ejercieran su derecho al voto y, desde los ochentas, de taimar ciertas estadísticas sociales. En 2003 el problema había llegado a tal nivel que, según la propia Oficina Nacional de Identificación y Extranjería (ONIDEX), 7 de cada 10 venezolanos carecía de cédulas de identidad (siendo, además, el 90 por ciento de esos 7 ciudadanos pobres o muy pobres). Una vez establecida una alianza con los sectores populares —tras el Golpe y el paro petrolero— el gobierno *chavista* comenzó una estratégica tarea de *cedulación* que logró registrar a unos 5 millones de personas (jun 18.5 por ciento de la población!). Ese es uno de los secretos de la fortaleza electoral de Chávez desde 2004.

considerar a Chávez sino hasta que en plena batalla por el control de PDVSA — el verdadero factor de poder en la Venezuela contemporánea— se vio abandonado por las clases medias.

Cuando eso ocurrió —en 2002 y 2003— Chávez hubo de recurrir a una movilización masiva de los sectores populares (especialmente de aquellos aquejados de extrema pobreza) para mantenerse en el poder. Se trató, como es obvio, de uno de los momentos más críticos de su gestión y al mismo tiempo, del verdadero punto de inflexión del *chavismo* como movimiento político. Durante un lustro (2002 a 2007) los acontecimientos se sucedieron vertiginosamente.

La estrategia política tuvo que bifurcarse. Se promovió, por una parte, una deliberada política de transferencias no monetarias que recuperó el papel del Estado como intermediador entre ingresos petroleros y necesidades sociales.⁴⁸ En paralelo, se impulsó un acelerado rediseño de la Administración que no sólo implicó la contratación de unos 700 mil nuevos funcionarios (unos 2/3 de los existentes) sino considerables transferencias monetarias.⁴⁹

Mediante la primera maniobra se pretendió dotar de una base política y material a la —informal pero estratégica— entente que la nueva clase dirigente había establecido con los sectores populares a raíz del Golpe de 2002. Mediante la segunda, una vez controlada PDVSA, se intentó adueñarse de los dispositivos que garantizan la gobernabilidad y, por ende, la viabilidad de un proyecto político que basa su legitimidad, precisamente, en la referida entente.

La propaganda dotó a todo este proceso de un componente épico. Había nacido el *Socialismo del siglo XXI*.⁵⁰ La primera vez que Chávez reclamó su

⁴⁸ Es importante subrayar que esta política coincidió con el inusitado auge de los precios internacionales del petróleo en el que el mundo vive instalado desde 2002 (desde entonces, los precios del petróleo venezolano —*Tía Juana Light*— se han incrementado en un 33 por ciento: de 17.78 dólares por barril en 2002, a 55.57 en 2007).

⁴⁹ El índice de remuneraciones monetarias se ha incrementado en un 33 por ciento en el ámbito gubernamental venezolano desde 2003 (un aumento idéntico, por cierto, al del precio del petróleo nacional y doble al del aumento de la inflación media). La bonanza petrolera parece haber sido utilizada para generar empleo e incrementar el poder adquisitivo. Cuantitativamente hablando, sin embargo, el número de personas beneficiadas ha sido relativamente pequeño. De hecho, por mucho que el gasto social también haya sido incrementado sobre la base del ingreso petrolero (el presupuesto de las *misiones sociales* para 2007 fue, por ejemplo, de mil 627 millones de dólares), apenas ha bastado, en los hechos, para compensar las derivas inflacionarias (22.5 por ciento de aumento en 2007 en el área de Caracas, 20.04 por ciento durante el último lustro). Otra cosa es el impacto simbólico que éstas hayan podido tener, pero a tenor de los niveles de abstención registrados en las zonas populares durante el referéndum de 2007, quizá no sea suficiente a largo plazo. La impresión de que sólo una elite se beneficia comienza a expandirse. Prueba evidente: está previsto que el presupuesto de las *Misiones Sociales* para 2008 se multiplique por cinco.

⁵⁰ En la nota 39 ya se ha tratado acerca de la utilización estratégica del socialismo por parte del *chavismo*. Aquí se trata de acotar el tipo de socialismo del que estamos hablando, de comprender, en definitiva, el tipo de socialismo al que Chávez se estaba refiriendo en su discurso de Porto Alegre (Brasil). En términos generales puede decirse que en la Venezuela contemporánea hay un cierto rechazo —más o menos explícito— de la experiencia soviética, paralelo a una admiración por el *modelo cubano*. A nivel teórico todo es más difuso. Las referencias a los clásicos (como el

construcción fue durante el V Foro Social Mundial (Porto Alegre, 2005). Lo simbólico del escenario, aunado a la feroz resistencia que conllevó en la propia Venezuela la *circulación de elites* en marcha,⁵¹ terminó por cincelar una imagen internacional relativamente distorsionada —a favor y en contra— del *chavismo*.

La realidad sociológica estaba transitando, sin embargo, por caminos relativamente diferentes. Quedó en evidencia cuando los postulados oficialistas fueron derrotados en el referéndum de 2007. La lógica bicéfala de las políticas públicas (monetarias y no monetarias) terminó provocando, en los hechos, una fractura social entre unos sectores populares afectados por el desabastecimiento y la inflación y una clase media *emergente*.⁵²

En ese marco es en el que apareció la propuesta de creación del PSUV. A través del mismo, más que construir el socialismo, se pretende alumbrar una estructura que permita generar consensos y regular conflictos en el interior del *chavismo*. Se trata, por consiguiente, de una especie de instrumento de *conciación de clases* que, a pesar de contar con casi seis millones de militantes, choca con la tradición anti-partidista del movimiento popular. Hasta tal punto esto es así, que la penetración del PSUV entre las clases subalternas no resulta todo lo satisfactoria que la nomenclatura desearía. A dichos niveles siguen primando los mecanismos informales de relación que canalizaron las explosiones sociales de 1989, 1992 y 2002. Paradójicamente, donde más está arraigando

propio Karl Marx) son muy pocas, por no decir inexistentes. Se considera tan sólo a algunos autores de última generación (como Iván Meszáros o Boaventura de Sousa Santos), y a toda una pléyade de intelectuales menores que, a lo largo de los últimos tres años, se han dedicado a teorizar sobre el socialismo del siglo XXI. Más allá de que las fragilidades ideológicas resultan tan evidentes como los vaivenes, todo ello podría probar que la preocupación fundamental de los cuadros dirigentes chavistas —y éste sí es un punto fundamental— no es tanto el modelo productivo como el distributivo.

⁵¹ En Venezuela, más de 100 mil ciudadanos han salido del país desde 2000 en las ventajosas condiciones que se ha visto en la nota núm. 18, mientras que unos 300 mil (excluidos aquellos empleados en las *Misiones Sociales*, mucho más precarios) han sido incorporados al funcionariado público (cuyo índice de remuneración ha crecido un 4.32 por ciento a lo largo del último lustro). Concluyendo, aunque habría que estudiar más variables, la *circulación de elites* —en el sentido *paretiano* del término— parece resultar poco discutible.

⁵² La inflación media registrada en el área de Caracas a lo largo del último lustro frisa el 20 por ciento. No existen datos tan precisos sobre el desabastecimiento de productos básicos, pero dicho fenómeno también es una realidad. En los últimos tiempos se han adelantado diversas explicaciones (control de cambios, boicot empresarial, etcétera.). La más probable parece estar ligada, sin embargo, a graves errores de previsión en la estrategia gubernamental orientada a la consecución de una *soberanía alimentaria*. A partir de 2003 se promovió la creación de una —hasta entonces inexistente— red de productores agrícolas asociados al Estado, encargándosele a este último la distribución. Consecuencia de ello: la producción es ineficiente y, por ende, insuficiente y, lo más grave, la distribución tampoco logra adecuarse —por diversos motivos— a la demanda. La combinación de dicha situación con la inflación está afectando considerablemente al poder adquisitivo, sobre todo, de los ingresos más bajos. Obviamente ello está causando un malestar larvado que, probablemente, tuvo su influencia en la abstención registrada durante el referéndum de 2007.

la práctica partidaria es en el ámbito de una oposición que se encuentra, también, en pleno proceso de redefinición.⁵³

Concluyendo: hacia una definición del *chavismo*

¿En qué situación queda Venezuela después del referéndum de 2007? ¿Está el *chavismo* en decadencia? ¿Qué se avecina? Es complicado saberlo. Se trata —y aquí está el *quid* de la cuestión— de un proceso histórico abierto. Emitir, en dicho marco, juicios de valor puede resultar sesgado. Es posible ir trenzando conocimiento al respecto, pero sólo a partir de planteamientos epistemológicos que despoliticen el análisis y disuelvan los estereotipos.

A tal efecto es necesario contextualizar. No parece razonable seguir evaluando a la Venezuela contemporánea a partir de criterios positivistas, historiográficamente superados. Continuar contraponiendo, por ejemplo, IV y V República explica muy poco con relación al verdadero problema de fondo. Nos encontramos, de hecho, al final de un ciclo productivo ligado al petróleo. Se acaba, por ende, el crudo, pero sobre todo un patrón mundial de acumulación. Esto es algo que afecta mucho a Venezuela, un país cuya dependencia de dicho recurso es enorme (25 por ciento del PIB, 80 por ciento de las exportaciones, 50 por ciento de los ingresos fiscales). Quedó demostrado cuando los precios internacionales del petróleo entraron en depresión (1983-2003) y vuelve a evidenciarse ahora que dichos precios —espoleados por el encarecimiento de la extracción y por la exponencial demanda asiática de energéticos— han vuelto a dispararse.

Antes y ahora, en Venezuela, el Estado radica en el centro de todas las controversias, pues juega un papel clave en la circulación del capital. Controlar sus dispositivos implica manejar los resortes del poder. Si algo lograron los programas de *ajuste estructural* —asociados a la depresión mundial de los precios del petróleo y a la *internacionalización* de PDVSA— fue dinamitar los mecanismos institucionalizados de reparto de la renta, vigentes desde 1958. La crisis de gobernabilidad que eso provocó terminó gangrenando la legitimidad del sistema de dominación precedente propiciando que el malestar social asumiera formas cada vez más politizadas, menos ligadas a la supervivencia. Comenzó a delinearse así un *cleavage* que —sobre todo a partir del *Caracazo* en 1989 y de la posterior irrupción de la figura carismática de Chávez, en 1992— contrapuso dos sensibilidades políticas antagónicas.

⁵³ 2006 marcó, en efecto, un punto de inflexión en la estrategia opositora. Uno de los componentes —incluso menores— de la vieja *Coordinadora Democrática* terminó sustituyéndose a la misma. La UNT está agrupando, actualmente, a todos los sectores opositores y definiendo, de paso, un proyecto político alternativo de trazas mucho menos radicales que las que caracterizaron al período 1998-2006. Desde esta perspectiva la victoria en el referéndum de 2007 podría suponer un accidente pero, también, un indicio.

El *chavismo* es sólo una de ellas. Calificar a este último de *corriente* parece, en principio, mucho más preciso que tildarlo de ideología pero mucho menos de lo que parece ser: un enorme dispositivo (en el sentido *foucaultiano* del término) de conversión del malestar social en iniciativas políticas. El problema aquí es que no basta con definir, es necesario desentrañar. Nos enfrentamos, no en vano, a algo mucho más complejo que a un proceso histórico abierto.

El elemento central de todo este proceso es la heterogeneidad de un malestar muy dinámico. Hay pocas constantes: unos principios muy básicos fungen de *comunes denominadores* y un liderazgo carismático de dinamizador de la movilización. A partir de ahí los equilibrios son constantes porque nunca ha habido alianzas formales: la práctica siempre ha tendido a plegarse mucho más a las circunstancias estructurales de lo que indica la radicalidad retórica.

Los sistemas de presión interna son infinitos, informales y evolutivos. Tienen una relación directamente proporcional con la posición de cada quien en el proceso de apropiación de la renta (petrolera), pero también con la imperiosa necesidad de equilibrio interno. De ahí que el éxito de Chávez (principio generador del *chavismo*) siempre haya consistido en realizar intermediaciones *estabilizadoras* entre la parte formal y la informal de la sociedad venezolana. Por eso, para tratar de comprender es necesario identificar las transformaciones estructurales en el seno de la misma, ya que son éstas las que van determinando la relación de fuerzas en el seno del *chavismo*. Al principio las *franjas débiles emergentes* (es decir, las capas medias en proceso de marginalización) constituyeron la variable central; actualmente, tras la *circulación de elites*, las clases medias emergentes están tomando el relevo.

En dicho contexto, la creación del PSUV debiera ser vista más como un intento de institucionalización de las funciones intermediadoras y movilizadoras que de construcción de un socialismo tan estructuralmente irreal como políticamente inconstante. Otra cosa, muy distinta, es que la experiencia neobolivariana suponga un inédito —y simbólico— cuestionamiento del proyecto neoliberal y de la democracia representativa, de eso, no hay duda. Eso sí debe ser debatido.

Bibliografía

- ARZOLA, Agustín J. (2005), *La desaparición forzada en Venezuela: 1960-1969*, Caracas, Tropykos.
- BAPTISTA, Asdrúbal (2006), *El relevo del capitalismo rentístico hacia un nuevo balance de poder*, Caracas, Fundación Polar.
- BONILLA, Luis y Haiman EL TROUDI (2004), *Historia de la Revolución Bolivariana: pequeña crónica, 1948-2004*, Caracas, MCI/Universidad Bolivariana de Venezuela.

- BOUE, Juan Carlos (2004), *La internacionalización de PDVSA, una costosa ilustración*, Caracas, MEM.
- CASTEL, Robert (1999), *Les métamorphoses de la question sociale: une chronique du salariat*, Paris, Folio.
- CHICCHI, Federico (2001), *Derive sociali: precarizzazione del lavoro, crisi del legame sociale ed egemonia culturale del rischio*, Milano, Franco Angeli.
- CORONIL, Fernando (1997), *The Magical State: nature, money and modernity in Venezuela*, Chicago, University of Chicago Press.
- CORTE INTERAMERICANA DE DERECHOS HUMANOS (1999), *Caso del Caracazo* (sentencia de 11 de noviembre de 1999), San José de Costa Rica, <<http://www.corteidh.or.cr>>.
- DENIS, Roland (1999), *Los fabricantes de la rebelión: movimiento popular, chavismo y sociedad en los años noventa*, Caracas, Primera Línea/Nuevo Sur.
- DENIS, Roland (2005), *Rebelión en proceso: dilemas del movimiento popular luego de la rebelión del 13 de abril*, Caracas, Nuestra América Rebelde.
- FORERO, Juan (2006), "Chávez, Seeking Foreign Allies, Spends Billions", en *The New York Times*, New York, April 4.
- GONZÁLEZ MEDINA, Edgardo (2007), *Venezuela: capitalismo de Estado, reforma y Revolución*, Caracas, <<http://www.eumed.net/libros/2007a/244/1z.htm>>.
- GROHMANN, Peter (1996), *Maracao y su gente: movimiento popular y autogestión en los barrios de Caracas*, Caracas, Nueva Sociedad.
- GUARDIA, Inés y Leonardo SALAS, *Breve panorama de las relaciones civiles militares en Venezuela*, Caracas, Red de Seguridad y Defensa de América Latina, <<http://www.resdal.org>>.
- LANDER, Edgardo (2000), *Neoliberalismo, sociedad civil y democracia. Ensayos sobre América Latina y Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- LEVINE, Daniel H. (1994), "Goodbye to Venezuelan Excepcionalism", en *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, Miami, núm. 36.
- LEWIS, Oscar (1972), *La cultura de la pobreza*, Barcelona, Anagrama.
- LÓPEZ MAYA, Margarita (1994), *Auge y decadencia de Acción Democrática*, Caracas, Historiadores Sociedad Civil.
- LÓPEZ MAYA, Margarita (1999), *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Caracas, Nueva Sociedad.
- LÓPEZ MAYA, Margarita, Luis GÓMEZ y Thais MAINGON (1989), *De Punto Fijo al pacto social: desarrollo y hegemonía en Venezuela, 1958-1985*, Caracas, Fondo Editorial Acta Científica.
- LÓPEZ MAYA, Margarita, David SMILDE y Keta STEPHANY (2002), *Protesta y cultura en Venezuela: los marcos de la acción colectiva en 1999*, Buenos Aires, CLACSO.
- MEDINA-SMITH, Emilio (2005), *La fuga de capitales en Venezuela: 1950-1999*, Caracas, Banco Central de Venezuela.

-
- MOMMER, Bernard (2003), "Petróleo subversivo", Caracas, <<http://www.pdvsa.com>>.
- PEDRAZZINI, Yves y Magaly SÁNCHEZ (1992), *Malandros, bandas y niños de la calle: cultura de urgencia en las metrópolis latinoamericanas*, Caracas, Vadedell Hnos.
- PRENSA PRESIDENCIAL (2006), "Chávez llama a conformar el PSUV: 'Al socialismo no vamos a llegar por arte de magia... Necesitamos un partido, no una sopa de letras'", Caracas, 16 de diciembre.
- SCOTT, James C. (1990), *Domination and the Arts of Resistance*, Yale, Yale University Press.
- ZANONI, Wladimir (2005), *Buhoneros en Caracas: un estudio exploratorio y algunas propuestas de políticas públicas*, Caracas, CEDICE.

Junio de 2008.